

Formarse sacerdote

Pedro Ravazzano

Seminarista diocesano, Brasil

LA VOCACIÓN SACERDOTAL es una de las mayores sorpresas que puede suceder a un hombre. Oír el llamado de Dios, descubrir que el Señor te llama para ser *alter Christus*, nos hace temblar y suspirar. Dios no elige a los capacitados, sino que capacita a los elegidos. Apoyando el discernimiento en la confesión, la devoción a la Virgen santísima y la Eucaristía, percibimos que los medios son humanos y al mismo tiempo divinos.

De hecho, el camino no es fácil. A lo largo del recorrido vocacional nos enfrentamos con las miserias de nuestra condición, percibimos nuestra fragilidad y pequeñez. Pero es con la comprensión de este estado más que humano que captamos profundamente la necesidad de confiar plenamente en Dios. Nuestra fe se fortalece cuando aceptamos que somos pecadores e indignos de la confianza divina.

Cuando recibí mi llamada, delante del Corazón Inmaculado de María, se apoderó de mí un gran sentimiento de bondad, una alegría jovial que nunca había sentido. Con todo, el miedo acompañaba siempre esa decisión, un dolor infantil en el que hasta el piquete de un alfiler me hacía llorar. Hoy miro ese pasado, no muy lejano, y lo hallo algo grotesco. Analizándolo de forma equilibrada considero ese temor como providencial, pues me hizo tener en cuenta todas las cruces del sacerdocio.

El elegido, desde que es llamado, debe hacer aflorar en sí un corazón sacerdotal, un corazón enfervorizado en el amor de Dios. Y es precisamente en la formación de ese espíritu que nosotros, los seminaristas, entendemos con realismo la misión del sacerdote. No hemos entrado en el seminario para realizar los deseos de nuestros padres o para hacer carrera, sino porque el Señor nos llama. ¡Levantarse a las cinco de la mañana todos los días, sólo por Cristo!

El seminario es un momento de gracia, donde nos dejamos modelar. Sin ninguna duda, la libertad, como la decisión voluntaria de abnegarse, es parte crucial de cualquier proceso formativo. Además, la edificación de la cridad, que se lleva a cabo en la obediencia y cumplimiento de las normas,

que tienen por objeto nuestro bien y gozan de un respaldo lógico, es crucial en la formación del corazón sacerdotal. Considero la vida del seminarista un factor determinante en la construcción —sí, construcción— de un futuro presbítero. Durante todo el proceso formativo confrontamos nuestros pesares, imperfecciones, defectos dominantes, y estamos llamados a enfrentarlos, buscando así la santidad que Nuestro Señor nos pide.

Quiero recordar el retiro espiritual que nosotros, seminaristas del seminario *Mater Ecclesiae* de Brasil, hicimos al inicio del año. Como nunca había tenido una experiencia de una intensidad tan grande, comencé los ocho días de silencio —interior y exterior— sin grandes pretensiones. Entretanto, casi como un cumplimiento profético, se concretizó aquello que los formadores habían dicho: en los ejercicios espirituales descubrimos miserias que en la vida ordinaria pasan desapercibidas. Creo firmemente que la vida en el seminario es un gran ejercicio espiritual, predicado en forma extensiva y frecuente: siete años de encuentro con nosotros mismos y con Cristo.

Todo ese proceso es esencial en la edificación del corazón sacerdotal: un horno de Amor. En el día a día, por las normas más comunes y hasta los avisos extraordinarios, buscamos la perfección y la edificación interior, y no movidos por nosotros mismos o por el rector, sino por Nuestro Señor. Estamos aquí por Él y para Él.

El sacerdocio es una realidad que infunde miedo y esplendor, dos cosas que para mí están intrínsecamente unidas. “Después de Dios, lo es todo”, decía san Juan María Vianney. ¿No es eso algo colosal? Tan sublime es que nos da escalofrío. Desgraciadamente, cuando caemos en lo cotidiano, perdemos la comprensión exacta de la realidad sobrenatural de quien es sacerdote del Altísimo. ¡Providencial Año Sacerdotal! El Papa nos llama a meditar en el hermoso sentido del sacerdocio. Si toda la Iglesia tiene necesidad de vivenciar diariamente ese misterio, ¡cuánto más nosotros, seminaristas, que estamos llamados a tal vocación! No se trata tanto de entender teóricamente la realidad sacerdotal, sino de recibirla en el alma a través de la Eucaristía, la confesión y la dirección espiritual.

Un seminarista ha de sentir el deber moral de esculpir en su alma un sello sacerdotal. No podemos caer en la ilusión de creer que en la ceremonia de la ordenación seremos arrebatados por una gracia que modificará radicalmente nuestra condición. Debemos luchar, desde ahora, por alcanzar el crecimiento humano, espiritual, intelectual, todo entendido en forma radical, en el sentido pleno y profundo de la palabra. Con la ayuda de los formadores, los seminaristas llegan hasta la raíz de la fe, y como en el

sueño de Jacob, iniciamos la subida de las gradas que nos llevan a la santidad exigida por Cristo a los hombres, y especialmente a sus sacerdotes.

Por otro lado, aun teniendo conciencia de toda esa esplendorosa realidad, nosotros, los seminaristas, no hemos de imaginar que somos seres angélicos e impecables. Lo que pretendemos formar en nuestra alma es el camino hacia la santidad y el odio al pecado. Cuando caemos, y aquí percibimos la actitud digna de un cristiano, tenemos conciencia de nuestras faltas, no intentamos justificar nuestros errores con inexactitudes relativistas, vamos tras la misericordia de Dios encarnada en el sacramento de la Penitencia.

El seminario nos enseña a ser sacerdotes. Eso lo percibo con claridad aquí en el seminario *Maria Mater Ecclesiae* de Brasil. Somos considerados no tanto por lo que somos sino por lo que seremos. La seriedad, la formalidad, la objetividad de la formación —que no excluye los momentos de descanso, diversión y esparcimiento, que, dígame de paso, son también momentos formativos— reflejan, sin lugar a dudas, la perspectiva correcta de la Legión de Cristo en el construir corazones sacerdotales. La materia prima que se tiene abundante en el seminario, son los jóvenes llamados por Dios y que deben pasar por una transformación, interna y externa, sin perder la propia identidad, para que así salgan del seminario con una capacidad intelectual agudizada, un espíritu de liderazgo bien definido, una caridad ardiente.

Los sacerdotes son indudablemente líderes, puntos de referencia en la comunidad. Por eso es más que crucial una formación que priorice la maduración de las capacidades intelectuales y humanas. Como *alter Christus*, el presbítero há de ser un amante de la Sabiduría, sólo así podrá ayudar con maestría y precisión al pueblo de Dios, desde el más rico de los fieles hasta el más humilde de los creyentes. Partiendo de esta clarísima concepción, el seminario *Maria Mater Ecclesiae* nos propone una formación que tiene también como fin la maduración de la inteligencia.

Es inegable que el norte de la formación seminarística apunta a pulir el alma abrasada de amor a Dios. De nada servirían los más profundos conocimientos, si éstos no fuesen acompañados de una espiritualidad tocante, sensible al Altísimo, unida a Cristo a través de la Eucaristía, de la oración y de la meditación. El sacerdote debe ser, antes que cualquier otra cosa, como Cristo orante, unido al Padre, en contemplación constante. No podemos negar que, desgraciadamente, la vida de pureza y sacrificio se ha vuelto difícil en el mundo moderno donde el placer y el barullo —interior y exterior— reinan absolutamente. El presbítero se coloca, así, en las antípodas de las

modas contemporáneas, siendo como una isla de silencio y gracia donde el pueblo de Dios puede protegerse de las tempestades de la cultura de muerte.

El sacerdote que reza ejerce hacia los fieles un poder casi magnético. El pueblo ansía la santidad, la vida de piedad y caridad. El poder que un presbítero, fundado sobre la fe, tiene para con los creyentes, es impresionante. Los cristianos claman por sacerdotes que piensen, actúen, se comporten como verdaderos “cristos”. De nada sirve tener una parroquia y promover la santidad, si el Pastor de almas no lleva en su pecho un corazón arrebatado por el Señor. Sólo así podrá no sólo predicar la vida de pureza, sino testimoniarla.

El sacerdote, además, tiene una responsabilidad formativa esencial. En nuestro seminario somos formados para ser formadores. Sólo así hacemos efectivo el poder multiplicador de la sana doctrina y de la vida de piedad. Un presbítero inerte ante los problemas y crisis del mundo moderno, que actúa inocentemente y de forma inofensiva a los ataques de la Iglesia, se vuelve indirectamente aliado de los enemigos de la fe. De esta manera, la formación intelectual, humana y moral, en sintonía con la formación espiritual fundamental, transforman al sacerdote en un capitán de la Iglesia, no sólo batallando en defensa de la fe sino sobre todo dirigiendo a los soldados para proteger nuestra Religión, violentada por los mensajes de la cultura de muerte.

El sacerdocio, por tanto, nos pide una formación completa, que abarca todos los sentidos de la realidad natural y sobrenatural. El dominio de las ciencias, en conformidad con la vida de oración y con el corazón eucarístico pulsando en el pecho, capacitan al presbítero para guiar las almas y liderar al pueblo de Dios. Sin embargo, antes que ser punto de referencia de la sociedad, el sacerdote es *alter Christus*, aquel que lleva impresa en su alma la marca del Altísimo. El misterio de la fe nos es desconocido. Sólo tenemos acceso a aquello que Dios, a través de la razón y de la mística, nos deja conocer. Mientras tanto, aquí en la tierra el Señor se dejar ver plenamente a través de la Eucaristía y por medio de aquel, el sacerdote, que es el responsable de celebrar el más sublime sacramento.